

Nelson Mandela realiza un nuevo milagro. Esta vez, liderando la búsqueda de una paz duradera en la lastimada Burundi.

 Emilio J. Cárdenas

El veterano líder sudafricano Nelson Mandela, venerado en todo el mundo por su conducción de la transición sudafricana desde el odioso "apartheid" hacia la actual democracia, acaba de realizar un nuevo milagro.

Con sus jóvenes 83 años a cuesta. O, mas bien, a pesar de ellos. Esta vez lo hizo fuera de su país, en busca siempre de la paz. En la convulsionada Burundi.

Dos años de exitosa labor, por parte de Mandela.

Tras dos años de una tan inteligente como paciente labor negociadora, liderada por el propio Mandela, acaba de instalarse, en Burundi, un nuevo gobierno de transición. El mismo durará tres años.

Durante los primeros dieciocho meses del período que se le asignara, ese gobierno estará presidido por Pierre Buyoya, el líder de la etnia "tutsi" que se apoderara del poder, por la fuerza, en un golpe de estado en 1996, que ahora se ha unido a los esfuerzos por construir la paz. Durante los segundos dieciocho meses, la presidencia pasará, en cambio, a Domitien Ndayizeye, un dirigente "hutu" que acompañará a Buyoya, desde el vamos, como Vice-presidente.

Tal como ocurre en la vecina Ruanda, también en Burundi la mayoría de la población es de raza "hutu". Pero el poder ha estado, en los últimos años, en manos de los "tutsis". En tiempos de su independencia, el único censo

realizado hasta ahora en Burundi indica que el 83% de su población era entonces de etnia "hutu", el 16% de etnia "tutsi" y el 1% restante, pigmea. En los hechos, esa situación responde - en sustancia- a la realidad actual.

Recordamos que, en Ruanda, una guerra genocida que comenzara entre ambas etnias en 1994 dejó un penoso saldo. De 800.000 muertes, ocurridas ante la fea impasividad de la comunidad internacional.

En Burundi, una confrontación entre ambos pueblos, en espejo, se ha extendido ya por espacio de ocho años.

Los minoritarios "tutsis" han controlado a Burundi por espacio de cuatro siglos, sin computar el interludio colonial belga de 60 años, cuando el país era conocido como "Urundi".

En Ruanda, una guerra genocida que comenzara entre ambas etnias en 1994 dejó un penoso saldo, 800.000 muertes, ocurridas ante la fea impasividad de la comunidad internacional

La guerra civil en Burundi se extiende desde 1993, cuando los "tutsis"

 Embajador. Ex Representante Permanente de la República Argentina ante la ONU

depusieran al primer presidente que fuera electo democráticamente en ese país, con el 71% de los votos totales: el moderado economista y líder "hutu" Melchior Ndadaye, que derrotara en las urnas a Pierre Buyoya, obteniendo entonces 65 de los 81 escaños parlamentarios. En esos ocho años, la guerra civil produjo unas 200.000 víctimas fatales.

Pese al acuerdo recientemente alcanzado entre "tutsis" y "hutus", en el denominado "proceso de paz de Arusha", lo cierto es que la violencia no ha cesado aún en Burundi.

Porque los dos principales movimientos guerrilleros "hutus" no se han plegado al mismo. Y continúan sus asonadas armadas.

Y porque algunos líderes radicales "tutsis", ante ello, han decidido "marginarse" también del arreglo de paz. Los mismos que -abiertamente descontentos con el proceso de paz- este mismo año trataran -por dos veces- de derrocar al gobierno del ex-Mayor Pierre Buyoya. Sin éxito, naturalmente.

Mandela, por lo demás, ha anunciado que dejará la conducción de la misión negociadora. A esta altura de su vida, con un prestigio sin par, el generoso líder sudafricano tiene, ciertamente, derecho a pretender descansar un poco más.

Presencia militar sudafricana, como garantía de éxito.

Sudáfrica ha enviado ya a Burundi un contingente militar de 701 soldados, de ambos sexos y multirracial. Para garantizar la paz.

Su labor estabilizadora se limita a la ciudad capital, Bujumbura, y a la custodia de los líderes "hutus" que aceptaron regresar a su país para integrar el gobierno de coalición. Lo que ante la continuación de la violencia y ausencia de un cese del fuego, conlleva sus riesgos.

La misión, por la cuota de volatilidad que aún impera en Burundi, es la más riesgosa asumida hasta hoy por Sudáfrica. Solamente Mandela -con su prestigio personal- podría haberla materializado.

Tropas de Nigeria, primero, y de Ghana y Senegal, después, se unirán a la labor del ya desplegado contingente sudafricano en los próximos meses. Lo que llevará a unos 1.500 hombres y mujeres la presencia militar extranjera final en esta delicada emergencia en Burundi.

El contingente sudafricano está bien pertrechado, desde que cuenta con apoyo de helicópteros, contiene una unidad mecanizada y está armado con modernos rifles, lanza granadas, y hasta morteros.

Esta es, claro está, la misión militar de paz más numerosa que -hasta ahora, al menos- ha desplegado Sudáfrica en el Continente Negro.

Es la misión militar de paz más numerosa que -hasta ahora, al menos- ha desplegado Sudáfrica en el Continente Negro.

No es la primera, sin embargo. Hace cuatro años, sus fuerzas armadas actuaron en Lesotho, para sofocar una rebelión militar que se había apoderado del poder. La experiencia resultó tan caótica, como traumática. A comienzos de este año, sin demasiado entusiasmo, Sudáfrica envió además otro contingente -pequeño- a la República Democrática del Congo, colaborando en su pacificación.

Por la ausencia real de un cese del fuego, la misión en Burundi no tendrá "casco azul". No estará, entonces, bajo la jurisdicción de las Naciones Unidas.

No obstante, a pesar de la ausencia (por la razón apuntada) de un mandato específico del Consejo de Seguridad, la empresa pacificadora que encabezara Mandela tiene no solo la simpatía, sino el apoyo explícito del Secretario General de la ONU, Kofi Annan. Y será financiada por la ex-potencia colonial, Bélgica, desde la Unión Europea.

Por la ausencia real de un cese del fuego, la misión en Burundi no tendrá "casco azul". No estará, entonces, bajo la jurisdicción de las Naciones Unidas.

El nuevo gobierno de coalición de Burundi tiene un numeroso gabinete mixto. De veintiséis miembros. Muchos de los cuales ("hutus") son, precisamente, algunos de los cincuenta líderes "hutus" que -a pesar de los riesgos- decidieran repatriarse y que están ahora "protegidos" -día y noche- por las fuerzas sudafricanas.

Financiando la transición de la guerra a la paz.

Para financiar el crecimiento económico de Burundi, los países industrializados han comprometido ya unos 400 millones de dólares. Pero su desembolso, hasta ahora al menos, ha sido penosamente lento.

Presumiblemente, por la ausencia de certeza acerca de las posibilidades de la paz.

El acuerdo negociado por Mandela, pese a su obvia fragilidad intrínseca, alienta esperanzas de que, en más, esa asistencia se pueda concretar, sin demoras. Es esencial que así sea. Porque es siempre difícil reconstruir un país devastado por la guerra, desde la

pobreza, sin recursos para crear oportunidades de trabajo.

Entre las desafiantes tareas en las que ha de comenzado a colaborar el contingente militar sudafricano está una en la que el mismo -por haberla atravesado en su propio escenario doméstico, en 1994- conoce bien: la transformación del ejército local en una fuerza en la que tanto "tutsis", como "hutus", tengan una presencia y participación similar, por equilibrada. Complicada, en extremo. En rigor, nada fácil, por las justificadas desconfianzas que se han acumulado a lo largo de ocho años de violencia ininterrumpida. Pero absolutamente indispensable, si de construir una paz duradera se trata. Por supuesto.

Mandela ha logrado encender una luz de ilusión, que ha estado apagada por demasiado tiempo. El mejor reconocimiento a su paciente esfuerzo queda ahora en manos de los propios hombres y mujeres de Burundi, que debieran ser capaces de transitar con empeño -paso a paso- en dirección a tratar

Porque es siempre difícil reconstruir un país devastado por la guerra, desde la pobreza, sin recursos para crear oportunidades de trabajo.

de desterrar el odio. Con capacidad de perdón, sinceridad y generosidad. Y con la convicción de apostar, en cambio, a favor de la cohabitación étnica en un marco de tolerancia.

